

PRIMERA PARTE

El matrimonio por correo no es un fenómeno nuevo: es una parte consustancial de la historia de Norteamérica y de la colonización de Estados Unidos.

De un informe sobre agencias matrimoniales internacionales presentado ante el Congreso estadounidense en 1999.

1

El señor Harmon llevaba seis meses, tres semanas y dos días volviéndome loca. De lunes a viernes, de nueve a cinco. Hasta me cronometraba cuando iba a buscar el café por las mañanas. Mejor tiempo: cincuenta y seis segundos (estaba recién hecho). Peor tiempo: siete minutos cuarenta y ocho segundos. Esa vez tuve que prepararlo yo misma, aunque él insistiera en que me había entretenido tonteando con un guardia de seguridad. Puede ser, pero también estaba vigilando cómo se hacía el café. Siempre tenía que estar con un ojo puesto en el trabajo y con el otro en el señor Harmon. Cuando no se acercaba a mí sigilosamente, escuchaba mis conversaciones telefónicas. Y cuando no estaba mirando por encima de mi hombro (y más abajo de mi escote), estaba en su mesa maquinando cómo ponerme la mano encima. Claro que, de momento, yo había sido más rápida.

Todas esas molestias no eran nada comparadas con su última estratagema. Hacía un mes, había accedido por fin a instalar Internet en mi ordenador. En realidad, había sido el director de la sucursal de Haifa quien se había empeñado. Yo lo estaba deseando (aunque no supiera exactamente qué era eso de Internet), pero el señor Harmon siempre encontraba un modo de impedir la conexión. Ese día, me permití vislumbrar un destello de esperanza. Quizá por fin fuera a estar conectada con el mundo. El tercer técnico informático que yo había contratado llegó vestido con el último grito de la moda ucraniana de 1996 (vaqueros cuidadosamente planchados, subidos hasta más allá del ombligo, y chaqueta de cuero marrón) y se presentó con la sonrisa fácil de un hombre que todavía vivía con su madre. Se sentó un poco demasiado cerca

mientras me explicaba cómo marcar y conectar; yo, sabiendo que el señor Harmon iba a enfadarse, aparté un poco la silla. Divisé varias veces la americana oscura del señor Harmon mientras se paseaba por su despacho fulminándonos con la mirada.

—¡Daría, ven aquíiiii! —gritó.

El informático levantó las cejas, yo levanté los ojos al cielo y me disculpé.

—Ese hombre está coqueteando contigo —dijo el señor Harmon.

Cierto. Pero en Odessa todo el mundo bromea y coquetea. Es nuestra forma de ser. Aunque hubiera sido una jubilada medio calva y con los ojos saltones, el informático me habría guiñado un ojo y habría repetido los mismos chistes. *Cuatro letras de diferentes tipos entran en un bar y el camarero les dice: «¡Largo! Aquí no servimos a las de vuestro tipo»*. O mientras daba palmaditas en la cabeza al monitor como si fuera un niño travieso: *Cuidado con este chisme. Con los ordenadores se pueden cometer errores más rápidamente que con cualquier otro invento de la historia, a excepción, quizá, del vodka y los Kalashnikov*.

—Sólo está haciendo su trabajo. —Señalé al técnico, que estaba marcando el número de acceso por décima vez. En Ucrania todo lleva tiempo. Y dinero. Si el señor Harmon no ponía al informático de patitas en la calle, seríamos de las primeras oficinas con Internet de todo Odessa.

—No me gusta —dijo el señor Harmon.

—No hace falta que le guste. Dentro de veinte minutos habrá terminado y no volveremos a verlo.

—Échalo. ¡Y no le pagues! No ha hecho su trabajo.

—Por favor, no me haga despedir a otro —susurré.

—No me llesves la contraria, Daría.

Volví a mi mesa con la cara colorada y dije en ruso:

—Lo siento. Tienes que irte.

El técnico pareció enfadarse.

—El viejo es celoso, ¿eh?

Asentí con la cabeza. Era duro depender de las veleidades de los occidentales. Ellos tenían el poder; nosotros, la desesperación.

—He tardado más de una hora en llegar aquí —dijo—. Ya sabes cómo es esto. Necesito este trabajo. Mi madre... su medicación...

—Ya. Lo siento.

—¿Qué estáis murmurando ahí fuera? —gritó el señor Harmon—. ¡Hablad en inglés!

Saqué algo de dinero de mi bolso e intenté pagarle. Rechazó los billetes y, recuperada ya la bravuconería propia de Odessa, me invitó a tomar una copa. Se nos da tan bien fingir... Yo, que sentía la mirada del señor Harmon clavada entre mis paletillas, sacudí la cabeza.

—Vete antes de que el jefe llame a los de seguridad.

No era la primera vez que el señor Harmon echaba a un hombre por hablar conmigo. Yo había intentado encontrar a una experta en informática, pero no había, era así de sencillo. Después intenté encontrar un técnico viejo y feo, pero en Odessa sólo los jóvenes saben algo de ordenadores. Cada vez que contrataba a uno nuevo, el señor Harmon se paseaba alrededor de mi mesa gruñendo y olfateando como un bulldog para asegurarse de que aquellos hombres guapos pero intercambiables no codiciaban su hueso; es decir, a mí.

El único hombre al que no ponía pegas era a Vladimir Stanislavski. Stanislavski era tan impresionante que, con él, el señor Harmon no se atrevía a abrir la boca. A fin de cuentas, sabía que la última persona que había sido grosera con el mafioso había acabado en la sala de urgencias de un hospital de Viena.

Suspiré. ¿Tendría Internet alguna vez?

Ninguno de los posibles jefes con los que me entrevisté había igualado ni por asomo el salario que ofrecía la empresa del señor Har-

mon, una compañía naviera israelí: trescientos dólares al mes, cuando el sueldo medio era sólo de treinta.

Durante la entrevista de trabajo, llegué a pensar que el señor Harmon era guapo. Distinto. Mejor. Las hebras plateadas de sus sienes le daban un aire profesoral. Llevaba un traje bien cortado. Era más bajo que yo, pero la mayoría de la gente lo es. Tenía bigote y era bastante robusto, y cuando su cara se contraía en una sonrisa, parecía tan feliz que daba la impresión de tener casi mi edad, aunque, siendo el director, yo sabía que debía de andar por los cuarenta. Era, desde luego, mucho más interesante que los jefes ucranianos. Había viajado. Hablaba inglés y hebreo. Sus dedos eran largos y elegantes y sus dientes perfectos. Olía a fresco y a limpio, como un prado. Y lo más importante de todo: era extranjero.

Mientras me hablaba del trabajo, yo acariciaba discretamente el cuero suave de la silla de la sala de juntas y miraba con pasmo todo lo que había en la habitación: la pintura satinada, las luces brillantes, el moderno teléfono inalámbrico. Parecía que habíamos dejado la desalentadora y oscura ex Unión Soviética y aterrizado en Wall Street. El señor Harmon me miraba fijamente y parecía saborear cada palabra que salía de mi boca. Hasta me invitó a comer ahí mismo, en la sala de juntas. Una mujer de mediana edad entró casi a hurtadillas y desplegó ante nosotros un festín sobre un mantel de hilo blanco. Yo nunca había comido queso francés. El *brie* se me derretía en la boca. ¡Y el vino! Cuando nos acabamos la primera botella, la cogí y la puse en el suelo, porque una botella vacía sobre la mesa trae mala suerte. Cuando él abrió la segunda, me fijé en que tenía un corcho de verdad y no un tapón de plástico, como nuestro vino. Toda la comida estaba buenísima, pero lo mejor era el *hummus*. Sabía a sol: dorado, cálido y ligero. Cerré los ojos y sentí cómo se deslizaba por mi garganta.

—Es el aceite de oliva —dijo el señor Harmon, mirándome—. En Odessa no lo hay, imagino. Toda esta comida la traemos en nuestros barcos. Si trabajaras aquí, podrías comer así todos los días.

Para no sonreír, me pasé los dedos por la barbilla como si me pensara detenidamente si quería el puesto. Si Boba, mi abuela, hubiera estado aquí, me habría agarrado las manos y me las habría puesto en el regazo.

—Tenemos sucursales en todo el mundo —continuó el señor Harmon—. En Alemania, en América.* Y una chica lista como tú no tendría por qué quedarse toda la vida en la misma oficina...

¡América! Yo no daba crédito. Sonreí y me llevé rápidamente la mano a la boca.

—Hablar inglés todo el día... Sería un sueño.

—Tu inglés es impecable —dijo él—. ¿Estudiaste en Inglaterra?

Dije que no con la cabeza. En este país nadie iba a ninguna parte. ¿Es que no lo sabía? Todo lo que necesitábamos saber lo aprendíamos aquí. El señor Harmon no podía imaginar el calvario que pasábamos en clase con María Pavlovna. Era una profesora difícil. Su pelo fino y gris, recogido hacia atrás en un moño muy prieto, hacía sobresalir aún más sus ojos de rana y sus labios delgados. Era la única odessana que he conocido que jamás sonreía ni hacía una broma. Pero aprendíamos con ella. Asustaba y hacía estudiar hasta a los chicos más grandotes y gamberros. Teníamos que memorizar textos y recitarlos delante de la clase. Cuando cometíamos un error, María Pavlovna daba un golpe con su regla encima de la mesa. Y temíamos que, si volvíamos a equivocarnos, nos atizara en la parte de atrás de los muslos. Nos ponía cintas de pronunciación una y otra vez. *Though* [dou]. *Thought* [zot]. *Bough* [bau]. *Bought* [bot]. Una vez que pronuncié mal la «ou», me cogió por la mandíbula y me apretó los labios hasta que salió el sonido que quería.

* Uno de los temas centrales de la novela es el mito de Estados Unidos como tierra de promisión. En general, traduzco «América» en lugar de Estados Unidos, pues ese nombre tiene más evocaciones míticas que el de la república federal. (N. de la T.)

Tenía un metrónomo encima de la mesa y nos hacía recitar los verbos irregulares al ritmo de un tictac que sonaba más deprisa cada día. Tic, tac, tic, tac. Tictactic, tactictac. *Arise-arose-arisen, begin-began-begun, break-broke-broken, burst-burst-burst* y *cut-cut-cut* (nuestros favoritos, porque no cambiaban), *eat-ate-eaten, fight-fought-fought, get-got-got*, etcétera, etcétera, etcétera. Años después, el sonido de un reloj seguía poniéndome nerviosa, y cuando estaba nerviosa, no podía evitar ponerme a recitar al azar su lista de cien verbos irregulares.* *Drink-drank-drunk* [beber]. Empezó a darme vueltas la cabeza y dejé la copa de vino.

—No había viajes al extranjero —expliqué—. Pero teníamos profesores muy rigurosos.

Él arrugó el ceño, lo que me hizo pensar que quizá también sabía lo que era la disciplina en la escuela.

—Las otras candidatas a las que he entrevistado apenas sabían decir «*bello*». —Yo había visto a la chica a la que había «entrevistado» antes que a mí. ¿Dónde la había encontrado? ¿En el casino?

La mujer regresó con el café. Aspiré el vapor que despedía la taza de porcelana blanca. Olía tan bien, tan rico y delicioso, que aunque me sentía llena, se me hizo la boca agua. El señor Harmon me pasó un trozo de chocolate negro. Lo cogí con cuidado. Claro que teníamos lujos como aquéllos en Odessa, el señor Harmon se equivocaba al decir que no. Sólo que la gente como yo (el 98 por ciento de la población) no podía permitírselos. Confiando en que no lo notara, me guardé el chocolate en el bolso para compartirlo con Boba.

—¿Alguna vez has probado el champán, querida?

Negué con la cabeza. Cuando mandó entrar a la mujer chas-

* Muchas veces la protagonista recita un verbo inglés (presente, pretérito y participio) por su relación con el momento que está viviendo: *drink* (beber), cuando tiene una copa de vino en la mano; otras veces el verbo surge por simple azar. (*N. de la T.*)

queando dos veces los dedos y le pidió que trajera una botella, yo no salía de mi asombro. ¡Cuando Olga y Boba se enteraran de que había tomado champán! ¡Champán del auténtico! ¡Del francés! En mi familia sólo bebíamos *champagnskoye* una vez al año, para celebrar el Año Nuevo. «Una gota de *champagnskoye* dulce endulza la vida.» Eso decimos en Odessa. Todo el mundo sabe que, si el 31 de diciembre no bebes *champagnskoye*, el Año Nuevo será un desastre. Preguntádselo a Boba, si no me creéis. La única vez que no recibimos el Año Nuevo con *champagnskoye* fue el año que murió mi madre.

El señor Harmon sirvió el champán. Las burbujas brillaban como minúsculos *brillianti*. Diamantes.

Entrechocamos nuestras copas y él propuso un brindis.

—Por una... colaboración fructífera.

¿Significaba eso que había conseguido el trabajo?

Me miró mientras yo tomaba el primer sorbo. Era amargo. Me dieron ganas de toser, pero aguanté. Él me tendió la mano y, al estrechársela, sentí que nos había reunido el destino. Que después de tanto esfuerzo y tantas privaciones por fin iba a pasarme algo bueno. Luego el señor Harmon me guiñó un ojo y dijo:

—Naturalmente, acostarse conmigo es lo mejor del puesto.

Aparté la mano. Él había hecho que sonara como un chiste, pero hablaba en serio. De pronto me pareció una morsa vestida con una chaqueta morada de Versace, como él mismo se había apresurado a hacerme notar. Las hebras plateadas de sus sienes se convirtieron en manchas de un gris mate. Era como cualquier otro hombre, sólo que usaba colonia cara y tenía los dientes más blancos. Nos miramos el uno al otro. El único sonido que se oía en la sala era el tictac de un reloj. *Weep-weep-weep* [llorar]. *Win-won-won* [ganar]. *Withdraw-withdrew-withdrawn* [apartarse, dar marcha atrás]. ¡*Ya basta!* Sacudí la cabeza. ¡*Piensa!* Además de llevarle el café y traducirle sus documentos, ¿era capaz de acostarme con él? ¿Podía hacer eso por conseguir un trabajo? La idea de que sus manos carnosas me tocaran me puso la piel de gallina (soy ve-

getariana). Él me observaba desde detrás de sus gafas tintadas, con ojos negros y ardientes, esperando a que me decidiera.

Había llegado de Israel y enseguida se había acostumbrado a que le trataran como a un marajá. Muchos occidentales venían a la antigua Unión Soviética por el predicamento que tenían aquí. En casa eran invisibles y se ganaban la vida a duras penas. Aquí se los consideraba ricos y tenían grandes pisos, cocineras, asistentes y muchas otras «señoras». (Para los oriundos de Odessa, Occidente está en todas partes, entre Tel Aviv y Tokio; la geografía no la dicta la brújula, sino la abundancia.)

Pensé en mis amigas. En Olga, que tenía tres hijos, pero no marido, ni trabajo, ni dinero. En Valeria, una maestra que iba todos los días a trabajar pero no cobraba, como la mayoría de los funcionarios. En María, que después de licenciarse en el conservatorio había encontrado trabajo de camarera y tenía que llevar una minifalda minúscula por imperativo laboral. Pensé en diez, en veinte más. No quería acabar como ellas, sin opciones ni dinero. A María, con su bella voz, la maltrataban los clientes del bar y su jefe. Al menos a mí, si aceptaba el trabajo, sólo me acosaría un hombre.

Había acabado la carrera hacía seis meses y aún no había encontrado un empleo a tiempo completo. Tenía que ganarme la vida y mantener a Boba, que había cuidado de mí desde que tenía diez años. Nuestra situación era precaria: Boba sólo cobraba veinte dólares al mes de pensión. (Ucrania había declarado la independencia en 1991; cinco años después, nuestra moneda seguía siendo inestable, así que usábamos dólares.) La proposición del señor Harmon no debería haberme sorprendido: no era la primera. Pero no me la esperaba de un occidental. Tal vez Boba tuviera razón. Tal vez pesara sobre nosotras una maldición. Miré otra vez al señor Harmon.

Ajedrez. Si en la antigua Unión Soviética hay más campeones del mundo de ajedrez que en cualquier otro país es por un buen motivo. El ajedrez es estrategia, astucia, persistencia, y capacidad

para anticiparse al oponente. El ansia sanguinaria de eliminar a los demás uno por uno. Un sálvese quien pueda. Crear trampas y esquivarlas. Pura dureza mental. Y sacrificio. En Odessa, la vida es ajedrez. Movimiento. Contraataque. Disimulo. Conocer a tu adversario y mantenerte siempre un paso por delante de él.

Accepté el trabajo.

Una hora después de la entrevista, me descubrí vagando por la ciudad con las piernas temblorosas. ¿Qué había hecho? Ojalá pudiera permitirme el lujo de sentarme en una cafetería y tomarme un té, sólo el tiempo justo para aclarar un poco mis ideas. Mi casa parecía tan lejana... Me sorprendí caminando hacia el mar, hacia Jane. Era tan positiva, tan animosa. No conocía a nadie igual. Los odessanos son pesimistas y fatalistas. Cada vez que hablo de viajar, mis amigos me dicen: «¡Despierta! Por algo lo llaman el “sueño americano”». Las amigas de mi abuela menean la cabeza y dicen: «Los caballos sueñan con el azúcar», que es como se dice en Odessa que las cosas buenas son para otros. Con Jane podía hablar de mis sueños y mis esperanzas, y ella me hacía creer que podían hacerse realidad. Su piso del centro, a sólo tres manzanas del mar, era un puerto de abrigo, un paraíso. Techos altos, suelos de parqué y un balcón con su parra. Tenía su propia cocina, su propio espacio. Era la única de nuestra edad que vivía sola. Quizá fuera más fácil ser optimista teniendo tantas cosas.

Jane, una *americanka* que estaba aquí para realizar lo que ella llamaba «servicios sociales», había intentado enseñar nociones de democracia a sus alumnos de Odessa. Vivía como si nunca hubiera conocido el significado de la palabra «no». Iba con pantalones a la escuela. Era como si ignorara que iba contra las normas que las mujeres (incluso las maestras) llevaran pantalones. Yo la había visto ganar un combate a gritos con un burócrata y darle un puñetazo a un policía corrupto. Yo llevaba una libreta con las palabras y expresiones que me enseñaba. *Alucinante. Genial. Joder. Tú mis-*

ma. Es más fácil pedir perdón que pedir permiso. No te cortes, hazlo. Su vocabulario era tan colorido como su pelo rojo. ¡Y las historias que contaba! Me encantaba oírle contar cosas de América. Hasta sus impresiones de Odessa me interesaban. En aquella ciudad famosa por sus tonos de gris, Jane sólo veía negro y blanco. Hacía que la vida pareciera tan... tan sencilla.

Me colé en el patio y entré de puntillas en su bloque, pero la *babushka* del primer piso me oyó de todos modos y entreabrió su puerta.

En Odessa siempre hay alguien vigilando.

—¿Vas a ver a Janna? —preguntó.

—*Da* —contesté, aunque no era asunto suyo.

—Pues no te quedes mucho. Necesita descansar. La pobrecilla lleva todo el día haciendo las maletas.

Yo no necesitaba que me recordaran que mi querida amiga iba a volver a casa. Subí a pie al tercer piso. Jane abrió la puerta antes de que me diera tiempo a llamar.

—¿Qué tal fue la entrevista? —preguntó, tirando de mí para que entrara.

—Me han dado el trabajo.

—¡Alucinante! —exclamó, y me abrazó con fuerza.

Puso a calentar agua para el té y nos sentamos a su mesa. Su cara era pura alegría, y de qué modo dijo:

—Estaba preocupadísima por ti, porque voy a marcharme y tenía la sensación de que iba a dejarte completamente abandonada. Pero ahora ya sé que vas a estar bien.

—Voy a echarte mucho de menos —dije, mirando hacia el cuarto de estar, donde se amontonaban la ropa y los libros: sus dos años en Odessa reducidos a dos maletas—. Eres tan distinta a mis otras amigas...

—Amigas... —resopló—. Sé que no tienen mala intención, pero no les hagas caso, sobre todo a Olga. No escuches lo que te digan.

—Tienes razón.

—«Nada de lo que yo haga importa.» «Si no apuestas, no pierdes» —dijo, imitando los refranes de Odessa, siempre tan fatalistas—. No. No dejes que esos cabrones te venzan. Tienes que creer en ti misma. No en las supersticiones de Odessa, ni en las maldiciones de tu abuela, ni en el destino. En ti misma. Eres más fuerte de lo que piensas.

—Yo no estoy tan segura.

—Créeme. Sin ti, yo me habría muerto. Cuando llegué aquí estaba muy sola y muy asustada, pero tú viniste a verme todas las tardes, me ayudaste a aprender ruso, me enseñaste todo lo que tenía que saber sobre los hombres de Odessa...

Nos reímos.

Me acarició la mejilla.

—Dios mío, ¿qué habría hecho yo sin ti? Yo también voy a echarte de menos. Pero ahora sé que vas a estar bien. Tienes un buen trabajo. No, un trabajo estupendo. Vas a pasarte el día hablando inglés, que era lo que soñabas.

—¿Crees que mi inglés es lo bastante bueno?

—Jo, claro que sí. Hablas mejor que muchos nativos. Hasta conoces las diferencias entre el inglés de Gran Bretaña y el de América. Sabes más que yo, te lo aseguro. ¿Te acuerdas de la desilusión que se llevaron mis compañeros cuando supieron que yo «sólo era una estadounidense», como decían ellos? Cuando se llevaron un chasco porque no hablaba «inglés de verdad», ¿quién me ayudó a aprender vocabulario?

Yo me regodeaba en sus cumplidos. Y decidí ponerla a prueba.

—¿Cuál es el equivalente de *flat*?

—*Apartment* —contestó.

—¿Y de *queue*?

—*Line*. O *to wait in line*. —Me apretó la mano—. ¿Qué habría sido de mí sin ti?

Nos quedamos calladas y empezaron a asaltarme las dudas.

—Pero ¿y mi acento?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Todo el mundo tiene acento. Yo tengo acento: enseguida se nota que soy de América. Los británicos tienen acento. Y los canadienses. El tuyo casi ni se nota, cosa que no puede decirse de los neoyorquinos.

Me reí. Jane sabía cómo tranquilizarla a una.

—Dios mío, piénsalo: vas a ganar un sueldo enorme. Seguro que dentro de un año estás dirigiendo la empresa. Estoy muy orgullosa de ti.

Así que, ¿cómo iba a decirle la verdad? Que en Odessa nada es del todo bueno. Que aquel contrato tenía su coste. Que los candidatos a un trabajo bien remunerado tenían que pagar soborno, a lo cual en Odessa se llamaba «una inversión». Y que, para conseguir aquel empleo, mi inversión tendría que ser mucho más penosa e íntima que la mayoría.